

CAPÍTULO XXIII

LAS ANTILLAS.—LOS FILIBUSTEROS.

Ya hemos visto que en los antiguos mapas mundi, la *Antilia* se encontraba indicada en el Océano, unas veces como una sola isla y otras como un grupo de ellas, y que unos la colocaban hacia las Canarias y otros en las cercanías del Japon. Persuadido Cristóbal Colon de que había llegado á la India, aplicó el nombre de Antillas al archipiélago que se estiende por la estremidad meridional de la Florida á la entrada del golfo de Méjico, hasta la embocadura del Orinoco, en una curva de seiscientas millas, á poca distancia del archipiélago de las Lucayas, á donde Colon llegó primero.

Estas islas estaban probablemente reunidas en otro tiempo á los dos continentes, de donde las habrá separado el mar; pero el exámen geológico hace creer que varias de ellas han surgido posteriormente á las de formación granítica y metálica, que se podían llamar primitivas, como Cuba, Haití, la Jamaica y Puerto-Rico. Numerosos volcanes arden aun en aquellos parajes, donde frecuentes temblores de tierra sepultan en los abismos ó derriban ciudades enteras (1). Aun están espuestas á otro azote con los huracanes que se desencadenan por todas partes con furia sin igual, arrastran piedras enormes, y en medio de los estallidos del rayo y de torrentes lluvias, levantan trombas marinas, arrojan á la costa los barcos de mayor porte, y barren en el campo los árboles y los edificios.

Sin esto el clima sería encantador; bajo aquel cielo siempre sereno, nunca pierden los árboles su lozania, la estación de las lluvias no hace más que reanimar la vegetacion, que despliega entonces un

(1) En 1691 fué destruida en Haití la ciudad de Agira; en 1751 y 52 Puerto Príncipe y Leogana; en 1792 Puerto Real y Jamaica, y en el año 91 sufrió Cuba terribles sacudidas. Conocido es el desastre de la Pointe á Pitre en 1843.

vigor lujuriente, rivaliza en pompa con las regiones ecuatoriales, y alimenta á aquella multitud de insectos, tormento de los países tropicales. Los vientos alisios que soplan invariablemente del Este, han hecho llamar á las Antillas, *islas de Barlovento* á la parte de Oriente, é *islas de Sotavento* á lo largo de las costas de Colombia.

Los europeos encontraron allí dos razas principales de habitantes bien diferentes en sus costumbres y en el aspecto físico. La una, en las islas del Mediodía, procedente de la Guyana, de donde la habían arrojado los robustos arrowakis, se llamaba caribe; eran hombres de tez cobriza, ágiles, de elevada estatura, vigorosos, siempre ocupados en hacer incursiones á las demás Antillas y al continente, para procurarse prisioneros que comer. Opusieron á los europeos una resistencia tan tenaz, que fué preciso esterminarlos; y probablemente no queda ninguno de su sangre. Los demás habitantes de las Antillas eran afables, hasta afeminados, y la mayor parte sucumbieron á las rudas fatigas que les impusieron los conquistadores.

Los españoles fueron primero los únicos que sentaron allí su planta, y ya hemos referido lo que aconteció en las más importantes de aquellas islas, donde primeramente fué puásto en ejecucion el absurdo sistema de las colonias. Después no hubo potencia que no quisiese tener allí un establecimiento (2), y cultivar la caña de azúcar, que se daba allí mejor que en su suelo nativo. Los holan-

(2) Epoca de los establecimientos: San Cristóbal en 1625, Barbada en 1627, Antigua en 1628, Nieves en 1628, Monserrate en 1634, la isla de la Anguila en 1650. La Jamaica fué arrebatada á los españoles en 1655, la Tortuga á los holandeses, en 1666. Las antillas francesas se tomaron en 1764.

deses tuvieron á Curazao (1634), roca con un excelente puerto, desde donde traficaban con Venezuela; además de San Eustaquio, bien fortificado y de la fértil Saba, y disputaron largo tiempo á los franceses á Tabago, que fué después presa de los ingleses (1696). La Dinamarca compró á la compañía de las Indias Santa Cruz y Santo Tomás, y muy prontamente tuvieron por asociados á muchos negociantes de Brandeburgo (1671). Finalmente los suecos ocuparon á San Bartolomé, que compraron á la Francia (1785). El grupo de las pequeñas Antillas fué casi enteramente propiedad de los franceses (1625-30); pero la compañía hizo tan poco caso de él, que las volvió á vender separadamente. Boissset compró en 73,000 pesetas la Guadalupe, María Galante y las Santas; Duparquet en 60,000, la Martinica, San Luis, Granada y las Granadinas, de las cuales vendió dos en 80,000 pesetas; la órden de Malta pagó 50,000 escudos por San Cristóbal, San Martín, San Bartolomé, Santa Cruz y la Tortuga (1651). Los compradores gozaban de una autoridad absoluta, tanto sobre las tierras como sobre los empleos civiles y militares, y el derecho de gracia. Continuó el interés privado mejorando aquellas posesiones, excepto que los holandeses continuaron haciendo un comercio muy activo de contrabando.

Santo Domingo, primer establecimiento de los españoles en el Nuevo Mundo, pronto se encontró despoblado, como ya hemos dicho, y los negros que se habían trasladado allí para suplir los indígenas, se sublevaron: primera reaccion de aquella raza negra, que debía dominar allí más tarde. Un temblor de tierra derribó la ciudad; después el almirante Drake asoló la isla por órden de Isabel. Habiendo perecido los indígenas, los especuladores dirigian voluntariamente sus miras hacia Méjico, el Perú y la Nueva Granada, y los pocos colonos que quedaban, faltos de brazos y de capitales para la explotación de las minas, vivian de la piratería. Aun se entregaron más á ella desde el momento en que, habiendo el gobierno prohibido comerciar con los extranjeros, hizo destruir con este objeto las obras de los puertos: los habitantes se vieron de esta manera reducidos á los recursos del interior, y apenas quedaron catorce mil criollos y mil doscientos negros insurrectos.

En su consecuencia, la principal ocupacion de las Antillas fué siempre el contrabando: conspiracion de la sociedad contra el fisco, que restablece el equilibrio de los cambios, roto por las leyes prohibitivas, y en el que todo el que sabe arriesgar gana siempre; epígrama del comercio, que tiene su parte dramática y hasta heroica. En todas aquellas rocas se habían emboscado multitud de atrevidos corsarios, mezcla de todas las naciones, que llenaron el mundo con la fama de sus proezas temerarias, y que buscando las costas más peligrosas, conspirando con las tempestades, contra el mal genio de la prohibicion, y contra las leyes tan razonadas como impotentes, merecieron un lugar en

la historia. La magnífica isla de Cuba permanecía, por decirlo así, despoblada, y como abundaba en caza mayor, los que se dedicaban á la piratería iban á hacer allí sus provisiones. En su consecuencia, el comercio de los viveres fué allí muy lucrativo. Los *matadores* después de haber muerto la res, la hacian secar á la manera de los caribes, sobre parrillas, al calor de las brasas. Esta operacion se llamaba *bucan* en la lengua del país, de donde procede el nombre de *bucaneros* dado á los que la practicaban, franceses en su mayor parte, y que en su asociacion tenian el género de vida de que nos ofrecen ejemplo las partidas de salteadores.

El bucanero llevaba por traje pieles naturales que arrancaba á las fieras y á los toros salvajes. Iba siempre acompañado de veinte y cinco á treinta perros, y armado con un fusil cargado con una bala de á onza, único instrumento de su arte, y el solo medio que conocia para resolver sus cuestiones con los compañeros. Era proverbio entre ellos que Dios había dicho: «Matarás toros durante seis días; el sétimo llevarás sus pieles á los barcos.» Cuando el bucanero no estaba en la caza, iba á examinar las pistas y los sitios, á derribar naranjas cortándolas por el rabo de un tiro; ó tambien se ocupaba en formar discípulos. De esta manera es como vivia en una soledad de su eleccion, en medio de sus perros y de sus *enganchados*, especie de criados que iban de Europa para entrar á su servicio, en el que se comprometian á pasar tres años antes de ser ellos cazadores. Si veian un barco, corrian á la costa, donde amontonaban las pieles y las reses. El cambio se hacia en pocas palabras, y volvan en busca de nuevas provisiones. Los españoles adoptaron para desalojarlos, el partido de destruir á los toros salvajes en las Antillas, pero habiéndose apostado piratas ingleses en aquellas islas, en las que aseguraban con las armas en la mano, sus operaciones de contrabando, se les llamaba de una palabra indígena *free-booters*, y por corrupcion *filibusteros*. Una comun enemistad contra los españoles y el deseo de enriquecerse por el latrocinio reunieron estos piratas á los bucaneros; tomaron entonces el nombre de *hermanos de la costa*, y se dieron reglamentos á propósito para enemigos de la sociedad. Ya una tropa de franceses é ingleses había tomado posesion de la isla de San Cristóbal, en la que cultivaban el tabaco; pero desalojados de ella por los españoles, se dieron al corso, trasladándose algunos á la Tortuga, isleta próxima á Santo Domingo. Fué ésta desde entonces el centro y depósito de sus correrias; y como dirigian las últimas contra los españoles más especialmente, eran bien vistos por los enemigos de esta nacion, y de ellos recibian patentes de corso.

Reinaba una perfecta igualdad de derechos entre los filibusteros. No tenian mujeres ni hijos; todo era comun entre ellos, excepto el criado que cada uno tenia y á quien heredaba. Sucios y mal vestidos, toda su ambicion se reducía á poseer un buen fusil; tomaban un nombre nuevo después de

su *bautismo*, es decir, después de la aspersion que se acostumbra á dar á los marinos la primera vez que pasan los trópicos. Tenia para ellos un atractivo poderoso la libertad absoluta y el diario ejercicio de actos de valor; no tenian ni jueces ni sacerdotes; el que era insultado mataba al ofensor, é iba enseguida á participarlo á sus compañeros, quienes examinaban el hecho, y si el ofendido habia obrado con justicia enterraban al difunto, y no se volvía á hablar más de ello; pero en el caso contrario, ataban al matador á un árbol y cada uno le disparaba un tiro.

Hacinados en barcas descubiertas, sin más provisiones que galleta, agua y fusiles, pasaban semanas enteras, tendidos unos encima de otros por falta de espacio, y sin tener más que un pedazo de vela para librarse de un sol perpendicular; se veían espuestos con frecuencia á los horrores del hambre, pero se obstinaban en no volverse con las manos vacías.

Toda su esperanza estaba en divisar un buque en el horizonte, y enseguida corrian derechos hacia él. Más de una vez animados con aquella intrepidez feroz á que nada se resiste, les ocurrió poner á rescate y hasta tomar al abordaje, navios de guerra, cuyo simple choque habria bastado para echar á pique sus frágiles barcas. Apenas se aproximaban, cuando setenta ú ochenta hombres resueltos se lanzaban á bordo armados hasta los dientes: su primera operación era apoderarse de la Santa Bárbara, dispuestos á hacerse volar con toda la tripulación, poniendo fuego á las municiones. Era absolutamente preciso ceder á unas gentes que jamás se batian en retirada y que se burlaban de la muerte. De aquí esos prodigios de valor, cuyo relato apenas puede creerse. Pedro Legrand, de Dieppe, abordó un galeon, echó á pique su propio barco, y al mismo tiempo se encaramó en las cuerdas y se lanzó sobre el puente, escitando tanto terror y admiración, que se apoderó por sí solo del barco ricamente cargado. Montbars, gritaba á los que atacaba: *Defiéndete para que te pueda matar.*

El botín se llevaba á la isla de la Tortuga, y allí se repartía con una lealtad que no es rara entre bandidos: las primeras partes eran para los heridos, que recibían además una indemnización determinada, es decir, cien escudos por la pérdida de un ojo, doscientos por la de un brazo, y la cuota de los que habían muerto se enviaba á sus familias, y si no las tenían, se distribuía á las iglesias para sufragio de sus almas. Hechas las partes, los filibusteros disipaban lo que habían adquirido tan trabajosamente, y vueltos luego á su desnudez, emprendían de nuevo sus expediciones. No contentos con robar en el mar, se lanzaron también sobre el continente, saqueando los pueblos y queriendo hacer conquistas. El filibustero que conseguía salvarse de los peligros del mar, de las armas enemigas y del diente de los salvajes, acababa por lo común sus días en su patria rico y conside-

rado. En efecto, tanto arrojo y tantas victorias escitaban la admiración, que se convertía fácilmente en afectuosa simpatía. De todas partes venían una multitud de aventureros á asociarse con ellos, y los nombres de sus jefes Morgan, Brouage, Lebasque, el Olonés, Nau, L'Ecuyer y Picard, se repetían como los de otros tantos héroes. Algunos gentiles hombres franceses, tales como un Gramont y un Montbars, no se desdijeron de asociarse á los peligros de los filibusteros.

El Olonés, natural del Poitú, se habia hecho ya temible en las Antillas, cuando naufragó y vió á todos los suyos asesinados por los habitantes de Cartagena. Dejado por muerto con los cadáveres, entre los cuales se habia ocultado, tomó luego que entró la noche los vestidos de un español que habia sido muerto y sublevando algunos esclavos volvió con ellos á la Tortuga. Habiéndose hecho nuevamente á la mar con veinte filibusteros, fué á cruzar delante del puerto de Los-Cayos, en la isla de Cuba, haciendo el tráfico de pieles, azúcar y tabaco. Informado de su presencia el gobernador de la Habana, despachó un buque de diez cañones, tripulado por setenta hombres, y con ellos un negro encargado de decapitar á todos los filibusteros menos al Olonés. El atrevido corsario, que entró en el puerto con dos canoas para buscar algún barco mejor, se encontró con la fragata, cuya llegada ignoraba, pero lejos de asustarse fué el primero en atacarles, apoderándose de ella. Entonces hizo dar muerte uno tras otro á todos los hombres de la tripulación, escepto uno que envió á la Habana con una carta concebida en estos términos: *Gobernador, he hecho con los tuyos lo que querías hacer con nosotros.* — EL OLONÉS.

De vuelta á la Tortuga con su presa, se encontró allí á Miguel Lebasque, su compañero de corso, y los dos reunidos proyectaron una expedición contra Maracaibo: el Olonés debía mandar las fuerzas marítimas y Lebasque, las de tierra. Atestaron con unos cuatrocientos hombres cinco ó seis barcos pequeños, el mayor de diez cañones, y se hicieron á la mar. Al doblar la punta oriental de Santo Domingo encontraron dos buques españoles, de los cuales se apoderaron: uno de ellos iba cargado de municiones de guerra y llevaba diez y seis cañones y ciento veinte hombres. De este modo ganaron ciento ochenta mil pesetas, llegando á siete el número de sus buques, tripulados por cuatrocientos cuarenta hombres armados cada uno de un fusil, un sable y dos pistolas. Llegados al lago de Maracaibo, se apoderaron de la fortaleza que cierra su entrada, aun cuando fué defendida por doscientos cincuenta soldados y catorce piezas de artillería. Los habitantes de Maracaibo huyeron y se refugiaron á Gibraltar, plaza que se hallaba en buen estado de defensa: al mismo tiempo fué inundado el campo, y se cubrió de troncos de árboles que las aguas arrastraban; no quedaba más que una estrecha calzada en que apenas cabían seis hombres de frente, defendida por una batería de

veinte piezas, pero los filibusteros, arrojando el fuego y el agua, se precipitaron sobre el enemigo y le obligaron á rendirse. El Olonés hizo poner en tortura á muchos desgraciados para obligarles á descubrir sus tesoros, y á otros los impuso gruesos rescates, obligándose, si los pagaban, á no causar vejaciones en el pueblo; pero habiéndose negado á ello, hizo embarcar los rizos y el botín y puso fuego á la ciudad. Cuando los filibusteros procedieron al reparto en Santo Domingo, se hallaron dueños de 360,000 escudos, sin contar más de un millón de escudos en ornamentos robados á las iglesias; de quinientas mil libras de tabaco y los prisioneros, que fueron vendidos en pública subasta.

Luego que el Olonés volvió á la Tortuga, dirigió sus miradas codiciosas hacia las ciudades y aldeas de la bahía de Honduras: llegado á la vista de Porto-Cabello, se apoderó de un navio español de ochenta, y quemó la ciudad. Se puso entonces á la cabeza de trescientos hombres decididos, y fué á tomar la pequeña población de San Pedro, que redujo igualmente á cenizas, y haciéndose de nuevo á la vela, capturó un rico barco de setecientas á ochocientas toneladas, que partía todos los años desde España para el golfo de Honduras. Poco tiempo después, el Olonés fué devorado por los salvajes en la costa de Darien (3).

El galés Enrique Morgan con tanta intrepidez como el Olonés, tuvo más suerte. Habiéndose apoderado de Puerto-Príncipe, de Cuba, en medio del poder español, se halló á la cabeza de nueve buques y cuatrocientos setenta hombres, ingleses y franceses, con los cuales sitió por la noche á Puerto Bello. Durante quince días lo redujo á tales apuros, que faltaron los víveres, y las enfermedades consumieron la población; sin embargo, no consintió en retirarse sino después de haber recibido del gobierno de Panamá una suma de cien mil escudos: entonces se marchó con setenta y cinco mulos cargados de botín. Semejante fortuna inesperada atrajo á su lado un gran número de jefes, llegando á tener á sus órdenes quince naves y novecientos sesenta hombres. Lanzóse también sobre Maracaibo, y habiendo encontrado en el fuerte muchas armas y municiones, saqueó la ciudad, y lo mismo hizo en Gibraltar. Atacado por tres fragatas españolas, echó á pique una de ellas y se apoderó de las otras dos sin perder ni un hombre, repartiendo después á sus compañeros una suma de dos mil quinientos duros, sin contar las mercancías.

Otra vez cayó sobre Santa Catalina, isla protegida por diez fuertes y bien provista: gracias á las municiones que allí encontró, fué á atacar á Panamá, batió al ejército español y quemó la ciudad. Habiéndose sustraído enseguida al descontento de los suyos, se retiró á la Jamaica, donde fué hecho caballero y nombrado comisario del al-

mirantazgo, en cuyo cargo desplegó un rigor estremado contra sus antiguos compañeros.

Otros filibusteros en número de trescientos treinta y uno arribaron á Darien, y provistos de un fusil, pistolas, un martillo y cuatro galletas, se pusieron en marcha cada uno á las órdenes de sus jefes respectivos, mandados todos por Bartolomé Sharp. En todas partes se ocultaban y huían las gentes á porfía á su aproximación. No encontrando tanto botín como deseaban, construyeron canoas, bajaron hasta el mar del Sur, y allí tomaron y capturaron grandes buques. Los españoles les atacaron con tres buques y fueron batidos; pero habiendo perecido Sharp, se dividieron en bandos, dirigiéndose los unos hacia las Indias Occidentales y los otros hacia el Perú.

Habiendo entrado en el rio de Guayaquil asaltaron la ciudad, apoderándose de 92,000 duros en dinero, una cantidad considerable de alhajas y mercancías, y catorce buques mercantes: por fin, el gobernador se obligó á pagar por el rescate de la plaza 1.000,000 de duros y cuatrocientos sacos de harina. Pero en medio del desorden estalló un incendio que destruyó la mitad de la ciudad: los filibusteros se marcharon con su botín, llevándose quinientos prisioneros á la isla de Puna donde esperaron el rescate prometido, y á medida que éste se hacia esperar, enviaban al gobernador como recuerdo la cabeza de alguno de los cautivos.

El holandés Van-Horn, fué á atacar á Veracruz á la cabeza de mil doscientos compañeros, entregándola al saqueo. Reunidos después en gran número los filibusteros cayeron sobre el Perú. Nadie se atrevió á resistir á estos temibles invasores, que despojaban atrevidamente las ciudades y los campos. Después de haber puesto presos á los ricos, y de haber asesinado los naturales y violado brutalmente las mujeres, se volvieron sin haber perdido un hombre, tan cargados de oro y plata como los compañeros de Pizarro. Pero, como los destructores de Troya, perecieron en el camino por las tempestades, y por sus malas costumbres.

Si estos hombres audaces hubiesen obrado de acuerdo y con un fin mejor, habrían podido cambiar la faz de América, al paso que, obrando como aventureros aislados, sólo dejaron señales de devastación. Cuando más, encontraron por casualidad alguna isla desconocida; pero escitaron la admiración general por sus prodigios de valor y por sus grandes infortunios. Un año después del descubrimiento de la isla de Juan Fernandez, los bucaneros se dejaron allí olvidado por equivocación á un indio mosquito, llamado Guillermo, que permaneció tres años. Tenía un fusil, un cuchillo, un frasco lleno de pólvora y algunas balas; pero cuando se le acabaron estas municiones, se sirvió del cuchillo como una sierra, con la cual cortó en varios trozos el cañon de su fusil, de los cuales fabricó harpones, lanzas y bicheros, y un gran cuchillo, caldeando el metal y moldeándolo después entre piedras, como lo practican los mosquitos. Los ves-

(3) EXQUIMELIN, *Historia de los filibusteros.*

tidos se le habían consumido, y se hizo uno de piel de cabra, el cual tenía puesto cuando volvieron a aparecer sus compañeros, a quienes había tenido la atención de preparar un banquete abundante.

En 1700, abandonaron también en la misma isla los bucaneros al bravo marino escocés Alejandro Selkirk. Le costó mucho trabajo vencer la melancolía y el fastidio en los ocho primeros meses; mas, sin embargo, se construyó dos cabañas y mató cabras mientras le duró la pólvora. Después encontró el modo de encender lumbre frotando fuertemente dos palos secos. Logró pasar el tiempo y sostener la esperanza, orando y cantando los salmos. No teniendo ya pólvora para matar cabras, las cogía a la carrera; pero una vez se cayó en un precipicio persiguiendo a uno de estos animales, y estuvo muchos días sin poderse mover. De este modo cogió más de ciento cincuenta cabras, crió algunas y se divertía en bailar con ellas y con los gatos; estas dos clases de animales habían sido introducidos en la isla por los cazadores. Endurecidos los pies con las carreras, le formaron un grueso callo, y se hizo vestidos con pieles de cabra, que cosía con el auxilio de un clavo. Las palmeras y rábanos que habían sembrado los bucaneros le suministraron también alimento. Vivió así aislado cuatro años y cuatro meses, durante los cuales olvidó casi completamente la pronunciación de las palabras. A su vuelta a Londres iba por las calles como atontado, y á veces echaba á correr con toda su fuerza, según hacía en la isla, sin cuidarse de la gente. Selkirk sirvió de tipo á una de las pocas novelas que nunca perecerán; el *Robinson Crusoe* de Dé Foë.

Principió la decadencia de los filibustros cuando parecía haberles llegado el momento de conquistar la América entera. Estallaron entre ellos las aversiones nacionales, comprimidas al principio por la sed del botín, haciéndose cruda guerra los franceses por una parte y los ingleses por otra. Cesó entonces de ser su centro común la Tortuga; los primeros se instalaron en la Jamaica, desde donde fueron á buscar nuevas aventuras al mar del Sud, donde volveremos á encontrarlos. Los franceses, dirigidos por Grammont, hicieron una célebre expedición á Campeche, saqueando la ciudad y quemando por valor de 1.000.000 en palo de tinte, en honor de Luis XIV. Otras veces acudieron en auxilio de las armas de su nación, como sucedió en el sitio de Cartagena en 1697; pero como se les dejó espuestos á los mayores peligros y no se les llamó después á tomar parte en el botín, se apoderaron de nuevo de la ciudad para saquearla á su vez.

Las guerras continuas que sostenían, manteniéndolos más separados de los ingleses, contribuían á debilitar sus fuerzas, y renunciando á su vida aventurera, se aplicaron al cultivo, principalmente en Santo Domingo, donde formaron una colonia, de que se apoderó luego la Francia: las plantaciones

de cañas de azúcar atrajeron muy pronto el oro de Méjico y del Perú, lo que contribuyó á hacer de esta isla el más rico establecimiento de ambos mundos. Habiéndose emancipado en 1722, adquirió mayor prosperidad: quinientos mil negros cultivaban su suelo, fértil en extremo, y sus productos eran tan abundantes que se ocupaban cuatrocientos diez buques y doce mil marinos en esportar un valor de 150.000.000 de mercancías recogidas por las ocho mil quinientas cincuenta y seis plantaciones, de las cuales hay ochocientas que sólo producen azúcar.

El ministro Colbert, deseando hacer que prosperase el comercio de Francia, creyó conseguirlo fundando una nueva compañía, volvió á comprar las Antillas en 840.000 pesetas, pero la compañía le perjudicó con sus privilegios sin aprovecharse nada ella misma. El sistema de Colbert gravitaba pesadamente sobre las colonias, y sus rendimientos, lejos de ser empleados en hacerlas florecer, pasaban á manos de los arrendatarios que percibían el impuesto: la esportación estaba encadenada, y como los negociantes extranjeros, disfrazaban sus operaciones con el auxilio de las cartas patentes que les facilitaban los naturales, se impuso á todos los buques la obligación de volver á entrar en los puertos de partida, produciendo así mayores gastos y la pérdida de mucho tiempo. Llamábase esto celo por la prosperidad del comercio. Agréguese también los derechos de introducción, hasta el punto de que el cacao, que costaba veinticinco centimos en las colonias, pagaba setenta y cinco de entrada. De los veintisiete millones de libras de azúcar que producían las colonias, sólo se permitían esportar veinte para el consumo de la metrópoli, de lo cual resultaba, que lejos de aumentarse la producción, se disminuía. No quedaba más recurso á los colonos que idear alguna industria nueva que no estuviese todavía sobrecargada por el fisco, ó favorecer el contrabando.

En 1717 se dictó un reglamento bien concebido y claro para sustituir al antiguo, por el cual quedaron libres de derechos las mercancías que se esportaban para las Antillas, y se disminuyeron también los derechos de entrada que pesaban sobre los productos de éstas. Quedaron, sin embargo, bastantes trabas para entorpecer su desarrollo, sin que la Francia haya sabido nunca plantear una legislación apropiada á estos establecimientos, cuyo clima, cultura y propiedades son tan diferentes de los de Europa. ¿Qué ley puede haber más justa en principio que la de dividir las herencias en porciones iguales? Y sin embargo produce allí tal fraccionamiento, que imposibilita el cultivo en grande, indispensable en este género de propiedades.

La Martinica no fué de menos importancia que Santo Domingo, y aunque los colonos tuvieron que sostener una guerra continua contra los caribes, lograron por fin espulsarlos, organizando entonces el trabajo, el comercio y el cultivo, primero del

tabaco y del algodón, y después el del azúcar y el cacao, en particular, desde 1684 que se estendió en París el uso del chocolate. Habiendo destruido un huracán, poco tiempo después, todos los árboles del cacao, fueron reemplazados por el café, que llegó á ser el mejor de la América. Luego que cesaron las guerras con las potencias marítimas, así como la mala administración, fué la Martinica el mercado de las islas inmediatas, llevando allí dinero en abundancia el activo contrabando que se hacía en las posesiones españolas. Esta prosperidad se turbó muchas veces á causa de las deplorables guerras dinásticas de Europa, después por muchos huracanes, principalmente el de 1766, y por un insecto que devastaba de tal modo las plantaciones, que se pensó en abandonarlas como cosa perdida, pero felizmente se encontraron algunos remedios para combatirlo.

Fué preciso tener constantemente en estas islas fuerzas considerables para defenderlas contra los ingleses y holandeses, y no bastando las milicias del país, se sujetaron los colonos á un impuesto para el sostenimiento de tropas regulares. Pero el gobierno francés creyó necesario conservar al mismo tiempo las milicias para velar por el orden interior, y obligó á los colonos á sufrir esta carga sin librarlos de la otra, lo cual produjo un grande descontento, particularmente en Santo Domingo, donde fué necesario recurrir á las armas para comprimirlo.

Contábanse en la Martinica doce mil blancos en 1778, tres mil negros ó mulatos libres, y ochenta mil esclavos. Doscientas cincuenta y siete plantaciones de caña de azúcar producían 244.000 quintales de azúcar en bruto; los colonos eran una población rica, que amaba el lujo, sobresalientes en el mar, y que detestaban la tiranía.

La Francia recibió de Santo Domingo en 1775 en trescientos cincuenta y tres barcos 1.230.663 quintales de azúcar, cuyo valor ascendía á 45 millones de pesetas; 459.000 quintales de café, que valían 22 millones; 18.000 de añil, cuyo precio era de 15 millones; 5.780 de cacao, por valor de 400.000 pesetas; 500 quintales de achioté, estimado en 32.000 pesetas; 26.000 de algodón, en 6.700.000 pesetas; 14.100 de cueros en 164.000 pesetas; 43.000 quintales de hilaza para hacer cuerdas á 43 pesetas el quintal; 90 quintales de pulpa de cañafistula, valuados en 2.400 pesetas; además, géneros menudos y plata acuñada, todo ascendía á 94 millones. A esto debe añadirse 488.598 pesetas de Cayena, 19 millones de la Martinica, 12.751.404 de Guadalupe; y se encontrará que en el curso de aquel año la Francia sacó de sus posesiones del Nuevo Mundo más de 126 millones, de los cuales esportó para los extranjeros 73 millones y medio.

La Francia saca productos de otro género de la pequeña isla de San Pedro, que no cuenta más de ochocientos habitantes de vecindario; pero millares de marinos acuden allí de la Bretaña y de la

Normandía á la pesca del bacalao. Catorce mil marineros, ocupados en las diferentes operaciones que produce, existían en ella en 1830.

Ya hemos hecho mención de la prosperidad á que llegó Cuba en tiempo de la abolición del monopolio. En 1740 España había concedido su comercio á una compañía que enviaba á ella tres barcos al año, y volvían con veinte mil arrobas de azúcar. En 1764, la España permitió á los colonos vender directamente sus géneros á los europeos, aunque empleando para el transporte los barcos del Estado; restricción que se quitó tres años después: también se suprimió luego la prohibición de traficar con otros americanos. En fin, en 1790 el comercio pudo considerarse como libre. Es admirable el acrecentamiento rápido que resultó de él. La población, en un principio en pequeño número, ascendía ya á 170.000 almas en 1775; en 1817 á 552.000, y á 730.000 en 1827; es decir, que se había cuadruplicado en el espacio de medio siglo. La producción era en 1830, de 8 millones de arrobas de azúcar y de 2.880.000 de café, en lugar de 7.000 apenas que daba en 1792. Las rentas en 1827 eran cerca de 47 millones, al paso que Méjico, con igual población, producía sólo doce, y Java, isla la más floreciente en el archipiélago indio, no daba más que 8 millones en 1822.

La Constitución promulgada en España después de la muerte de Fernando VII parece que se propuso arruinarla: tan desastrosas eran sus disposiciones. Escluidas por ella las colonias de la representación nacional, se las hizo reparar los daños de la metrópoli con un ruinoso sistema de hacienda; pero la isla sin embargo continuó prosperando. En 1831 se evaluó que ella hacía un comercio de 33 millones de duros, en el cual los productos de la isla figuraban por 9 millones; y después ha aumentado mucho más este comercio. Pero la prosperidad de la isla fué turbada por las tentativas de sublevaciones fomentadas por los Estados Unidos, como la de Lopez en 1851, y por la formidable insurrección que estalló en otoño de 1868 bajo la dirección de Céspedes. La república fué proclamada y la separación de la madre patria era la consecuencia. Los rebeldes, amos de las tres cuartas partes de la isla, resistieron cerca de diez años, y hasta fines de 1877 no consintieron en deponer las armas sino bajo la promesa formal de reformas en la administración del país.

La Habana cuenta 230.000 habitantes, y cada año llegan allí de 1.600 á 1.700 buques. Los naturales en continuo trato con la América septentrional, adquirieron gran actividad; se toleró en ella á muchos extranjeros, sin imponérseles gabela alguna, atendido que la ley antigua no los admitía; la industria agrícola y la fabril prosperan ayudadas por las máquinas (4): los ca-

(4) PESARON Y LASTRA.—*La isla de Cuba*, Madrid, 1858, en 8.º.

minos de hierro se multiplican, y la instruccion al propio tiempo se difunde, habiendo gran número

de periódicos y muchos poetas, especialmente dramáticos. Todas estas causas hacen que los Estados Unidos deseen tanto su adquisicion, que por fin llegarán á realizar.

LA PEZUELA.—*Diccionario geográfico é histórico de la isla de Cuba*, Madrid, 1863-67, 4 tomos en 8.º.—*Historia de la isla de Cuba*, id., 1868-69, 4 tomos en 8.º.

RAMON DE LA SAGRA.—*Historia de Cuba*. París, 1861 y siguientes.

CAPÍTULO XXIV

VIAJES POR LOS MARES DEL SUR.

El final del siglo XVI pareció destinado á eclipsar las glorias con que había brillado en un principio: tanta intrepidez y felices acontecimientos se vieron entonces, y tan graves ataques dieron los holandeses y los ingleses al poder de los españoles en América y Asia (1).

Drake.—Francisco Drake, nacido en el Devonshire en 1539, habiéndose embarcado en edad temprana, hizo con Hawkins varios viajes para transportar negros desde las costas de Africa á la Española; pero, sorprendido por los españoles, perdió el cargamento y los barcos. En represalias (1573) se armó en corso con intencion de interceptar el tesoro, que decían debía mandarse de Panamá á España, á través del istmo de Darien; aunque no lo consiguió, adquirió considerables sumas, que adelantó al conde de Essex para ayudarle á vencer á los irlandeses. Ya el pabellon inglés se había mostrado en el mar del Sur para robar las riquezas acumuladas allí por los españoles; pero Drake volvió entonces á él con sesenta y cuatro hombres y cinco barcos (1577), de los cuales el mayor era apenas de cien toneladas; medios insuficientes con los cuales comenzó un viaje memorable. Llegado que hubo al rio de la Plata, y pronto reducido á tres barcos, franqueó el estrecho de Magallanes, y después de haber sufrido tempestades terribles, arribó á la costa de Chile, haciendo un botin considerable en dinero, tanto en los barcos como en la tierra. Enriquecido el atrevido filibustero más de lo que ambicionaban sus esperanzas, resolvió volver á su patria por el Nordeste; camino que aun no se había ensayado; pero horribles frios no le permitieron asegurarse, si como se buscaba ardentemente en aquella época, el Océano Atlántico se

comunica por el Septentrion con el mar del Norte. Habiendo, pues, vuelto atras, encontró á la Nueva Albion, pais muy frio, habitado por hombres que vivian allí en sociedad. Desde allí se dirigió hacia las Molucas, y descubrió las islas de los Ladrones (Pelew?). Después fué acogido con benevolencia por el rey de Ternate, que le concedió el privilegio de comerciar en aquella isla. Visitó después las Célebes, y volvió á Plymouth, dos años y dos meses después de su marcha (26 de setiembre de 1580), siendo el primero que había dado vuelta al mundo.

A instancias del gobierno español, se devolvió á sus dueños gran parte del botin que recogiera; pero le quedó sin embargo riqueza suficiente además del favor de la reina Isabel, que comió á bordo de la osada nave, que únicamente volviera, y que conservada por mucho tiempo se convirtió después en una cátedra para la universidad de Oxford. Drake, que sin la fortuna del buen éxito hubiera sido un ladrón, y uno de cuyos compañeros fué ahorcado por los españoles sin que fueran por ello tachados de injustos ni aun por sus enemigos, fué el primero entre los ingleses que atravesó el estrecho de Magallanes; pero es de admirar que haya podido con tan débil escuadra, eumplir en tan poco tiempo un viaje de tanta dificultad que los españoles habían renunciado á él. Fué el primero que vió la estremidad de las tierras australes, se adelantó más que lo había hecho nadie hasta entonces, por la costa del noroeste de América, y descubrió el territorio del Oregon, que los americanos disputan en el día á la Inglaterra. Así es, que aunque Drake no fué más que un corsario, su constancia y su habilidad le merecieron el título de héroe (2).

(1) JACOBO BURNEY.—*A chronological history of the discoveries in the south sea*. Londres, 1803-1817, 5 tomos.

(2) BARROW.—*The life, voyages and exploits of admiral sir Francis Drake Knight*. Londres, 1844.